



GASTÓN BAQUERO

▽△

La poesía como problema

Inquisiciones sobre la poesía

El elemento problemático: he ahí la fuente de toda poesía. Todo lo que está acabado, concluso, inmóvil, no existe para ésta, así como no existen para el médico las personas sanas. Sólo allí donde se quiebra la vida, allí donde la situación interior se complica y extravía, tiene algo que ver la poesía.

HEBBEL

I

Prosigue la navegación por ese océano que es el *ser* de la poesía. Parece que nunca antes -antes de 1920 más o menos-, tantos se habían interesado por la intimidad de una experiencia del espíritu creador que toca a tantos seres. El ensayo de Poe, alguna meditación inglesa, parcas reflexiones más o menos

docentes, denunciaron tan sólo la riada de preguntas, de inquisiciones, de impertinencias incluso sobre el ser, el origen, la trama y la cristalización de la poesía.

Se venía haciendo poesía desde siempre; tenía existencia inmanente a lo que parecía, pero de pronto ocurrió algo en el mundo -concretamente en el mundo de la primera posguerra-, que movió la atención hacia el análisis de eso que figuraba ser tan conocido, tan próximo, tan manoseado incluso. Se daba por sentado que las viejas preceptivas bastaban y sobraban para definir la esencia de la poesía; pero los más despiertos, los que velan, los que hacen de torreros del faro -43- avanzado sobre la noche, no se contentaban ni mucho menos, sino que día tras días añadían una paletada de combustible a esa especie de fuego sagrado que irrumpió en tierras francesas, aunque soterradamente venía, como todo, del manantial de manantiales conocido geográficamente como Alemania. Piénsese en Dilthey.

II

Treinta o cuarenta años de trabajo no han agotado el tema. Ni aún la penetrante exégesis crítica de Heidegger ha conseguido calmar la sed. Por esto no es ocioso que cada cual diga de lo suyo al respecto del ser de la poesía, por que una vez aceptado de nuevo -y en esto sí que hay acuerdo- que el vaticinio, el canto profético, la anticipación de lo que será corriente mañana, representa hoy una altísima utilidad para el vivir más inmediato y doméstico del hombre actual, toda contribución, por modesta que sea, al estudio de esa anatomía del hecho poético, es en definitiva una contribución tan apreciable como la entregada a la Cruz Roja o a la Liga de Socorro Mundial.

Puesto que la poesía ha vuelto a ser reconocida en su magnitud de avanzada, de eficiente semáforo, el conocimiento pleno de ella facilitará su tarea de iluminar, aliviar, despejar las sombras. Hoy se comprende que se necesita más poesía que nunca; que a la hora de las urgencias, cuando el jurista pide *más señores*, el angustiado y maliciosamente desorientado hombre

de la calle, pide en el fondo, acaso sin saberlo, *más poesía*. A una avidez de conocimiento, promovida por una febril necesidad de vaticinio, de profecía, corresponde una plétora de aquella actividad, la poética -la poetizante sería más exacto-, que tiene como fin, precisamente, entregar la profecía a través del vaticinio. El carácter sagrado del poeta ha regresado. Ezra Pound encierra más mensajes, más advertencias, más claridad, que toda la vociferación de los políticos y que todas las admoniciones de los aterrorizados científicos.

La grandeza eminentemente *social* de la poesía, es decir, la grandeza de una comunicación y de una confesión profunda de lo *humano*, trascendiendo la peripecia visible y descubriendo las entrañas de lo que se aproxima -no otra cosa es la poesía-, ha vuelto a colocar a ésta en el sitial de máxima referencia y de supremo aprovechamiento. Hoy la poesía es útil de nuevo. Trae los avisos, las sentencias, las anticipaciones.

-44-

III

Todavía el gran público, como siempre, no se ha dado cuenta de esa reaparición del valor utilitario de la poesía. Por esto es importante que en las tierras de habla hispana, donde el idioma ha perdido tanto de su carga de sacratización y de misterio espiritual, se insista en señalar los caracteres reconocidos de nuevo a la poesía. Quedan muchas razones de malentendidos, de rutina, de concepción trivial, al respecto de la poesía.

Perviven algunas tendencias a identificar poesía con sentimentalismo, con oleadas de merengue, con encargos de celestinaje a los pobres versos. No acaba de desaparecer el bueno señor que en uno de esos instantes de la fisiología humana, en los cuales lo más indicado es ir al médico o tomarse un sedante, toma una pluma y arroja a la pobre inocente cabeza de sus compatriotas una cosa que hasta se publica bajo el nombre de poema. En amplias zonas de la América Hispana sobreviven -como especies de períodos geológicos ajenos a la tierra actual- hombres y mujeres que, cuando no tienen nada que decir, precisamente cuando no necesitan sino efectuar alguna

operación puramente orgánica -llorar, comer, reír, amar fisiológicamente, danzar a pierna suelta-, dan en la manía de escribir en renglones más o menos cortos y con técnicas más o menos aprobadas por la preceptiva, unos superficiales engendros, catalogados como poesía.

IV

Y si algo se ha podido aprender de veras en estos últimos treinta años de atención y de reverencia hacia la desacreditada tarea poética, es que la tal tarea es nada menos que la más alta y difícil posibilidad de comunicación del hombre no religioso con lo sagrado, entendiendo por *lo sagrado* desde el hecho de vivir, de sentirse vivo, hasta el misterio de los objetos y hechos cotidianos, pasando por las más remotas y complejas meditaciones o comprobaciones de lo universal. La poesía se ha encargado -éste fue en el fondo su oficio de siempre- de recordarnos que somos un misterio, una rara sustancia, o ligada a otra superior, o abyectamente condenada al vacío. Max Jacob redescubrió a tiempo lo que ya estaba en el poema del Evangelio: que el misterio está aquí, y la realidad en el -45- otro mundo. Este *aquí* revestido de su original riqueza, este mundo vivo y diario, doméstico, de la calle y de la oficina, vuelve a ser un hecho tremendamente complejo, henchido de misteriosidad, de símbolos, de trascendencia. La poesía muestra que tomar un tranvía, partir un pedazo de pan, escribir una carta, es algo tan raro, hermético, inexplicable, como recibir la visita de un ángel, ver la levitación de un santo, o acostarse aquí y amanecer en Saturno.

Lavar de los ojos del hombre la costra echada en ellos por el hábito, por la costumbre, es la consecuencia natural y absolutamente concreta y materialísima de la poesía. Que veamos lo que está detrás de lo que vimos, y que no repitamos, como si fuera un límite de los objetos y de las sensaciones aquello que hasta ayer nos fue familiar, es lo que nos ofrece diariamente la labor del poeta. O sea, una re-creación cotidiana, personal, de algún fragmento del mundo; una limpieza a fondo, una nueva visita, por delegación esta vez, del

autor, para que se contemplen los primores y riquezas del espectáculo eterno del mundo, es lo que aproximadamente podemos llamar tarea de la poesía. Esta es, pues, un génesis en miniatura, una consciente -o inconsciente- imitación textual del ímpetu divino. Depende de las condiciones del poeta, de sus preferencias, de su riqueza verbal, de su dominio de la técnica, que la poesía actuante a través de él, sea intensa o leve, filosófica o eutrapélica, sentimental o reflexiva. No importa: lo que cuenta es la actitud para producir una microcosmogonía, pues de lo que se trata -y aquí está una demostración más del origen divino del hombre- es de multiplicar los gestos y las acciones de Dios.

V

Por aquí comenzamos a explicarnos algo que siempre nos pareció difícil de comprender, como es la escasísima aparición de la poesía, en medio de la catarata de «versos» y de «poemas» que asfixia a la lengua española. Todos o casi todos hemos escrito algún verso, y en muchos casos es probable que ese verso posea alguna gracia, alguna fuerza, algún valor estético o filosófico, o aun puramente poético, valor en sí mismo, por sí, sin referencia a más lógica ni sentido que el de esa belleza *sui generis* que pertenece a la poesía. Y ya muchos menos que esos todos, son aquellos que han conseguido escribir un poema. La próxima instancia, el peldaño eminente de la escala, rara vez es hollado por la -46- planta del hombre: hay muchos versos y hay poemas, pero en rarísimas, en contadísimas ocasiones, sentimos que alguien ha conseguido *escribir la poesía*.

El misterio de ésta se disuelve y configura de tal manera dentro del vaso del lenguaje, que a veces vemos cómo a un poeta le falla el verso, luego le falla el poema y, sin embargo, se le da la poesía; a la inversa -y este es el más frecuente de los casos- se le da el verso, con abundancia, con rotundidad, y luego en ocasiones se le da el poema, *pero no vemos la poesía por parte alguna*.

A un Juan Ramón Jiménez, por ejemplo, rara vez le desasiste la poesía, pero es frecuente que se le escape el verso, y que hasta el poema le sea infiel. A un Lorca le ocurre exactamente lo contrario: nunca le falla el poema, y su puntería en el verso es maravillosa, pero la poesía se le va mucho de entre las manos.

VI

Durante toda la alta fiebre cardíaca que fue el romanticismo, la literatura hispanoamericana estuvo más cerca de la gran poesía que nunca, pero no entró en ella bajo especie de poemas; la atmósfera, la actitud, la sinceridad, la inspiración -todo lo que debemos llamar la moral del poeta- llegó a alturas desusadas, porque los poetas creían en la magia y en el *encargo de las musas*. No fue su culpa si el desequilibrio entre pasión y técnica los dejó huérfanos de buenos poemas. Embriagados por el amor del vaticinio, no acertaron a darle forma, no vieron que poema es lo que queda cuando ya el verso, cumplida su misión, ha desaparecido, y que poesía es lo que resta cuando el poema concluye.

Por esto pudo afirmar Huidobro, el renovador, que *el gran peligro del poema es la poesía*, paradoja que es caso aplicable por entero y exclusivamente a la América Española, donde una inspiración copiosa e incoercible produce casi siempre una obra poética llena de versos y hasta de poemas, rica en ambiente, pero ajena casi siempre al misterio y a la cristalización de la poesía.

Sólo que como el lector común está más hecho a leer poemas que poesía, y más versos que poemas, retiene para la otra cita, para la admiración, para el recuerdo, un instante feliz dentro de un poema, y cree que ese instante es la poesía.

Y la poesía -ahora se recomienza a comprenderlo de nuevo- no es un instante, ni un poema, ni un verso. Es un acto sacratizador. Una feliz supervivencia -47- de aquel reverente y fascinado impulso de Adán, que lo

llevaba a intentar, una y otra vez, con su cántico, la purificación y la reconquista del Paraíso perdido. Mediante la imitación de aquellos gestos del Señor que conducían a limpiar de sombras y de tiempo los salones que él con dolorosa nostalgia recordaba vastos e infinitos, *poetizaba* Adán, inventándose en cada instante el mundo en el cual prefería vivir, o reconociendo con exactitud los detalles y pormenores del mundo en el cual *tenía* que vivir por toda la eternidad.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

